

¡Oh libertad soñada! ¡oh puerta abierta!
¿Cuándo será que rompa mis prisiones?
¿cuando quebrantaré los eslabones
y abierta á mi ansiedad veré la puerta?
¡Padre mío, Señor, Amor.... liberta
á la pobre cautiva!
¡Ay, no te tardes si me quieres viva,
que de tanto esperar estoy ya muerta!



SONETILLOS



SONETILLOS

I

Caminante: ¿por qué lloras?
¿tantas son tus amarguras
que ya ni siquiera curas
de esperanzas redentoras?

No son eternas las horas
ni eternas las desventuras;
siempre á las noches oscuras
siguen las blancas auroras.

—Hay desdichas inmortales,
hay caminos y destinos
de perpetua maldición...

—Para los hombres cabales
todos son buenos caminos:
caminos de perfección.



II

Triste y dura es la existencia
pero sus tribulaciones
son examen de varones
y alquimia de la experiencia.

Quiso Dios con su clemencia
que hubiera consolaciones
para aliviar las pasiones
y entretener la paciencia.

¿Quién camina sin dolor?
¿quién combate sin temor?
¿quién padece sin pesar?

Necesario es aprender
la ciencia de padecer
y el arte de caminar.



III

Vive con noble osadía;
sé valiente sin crudeza;
sé prudente sin flaqueza;
piadoso sin ufanía.

Trabaja con alegría;
cumple y obra con llaneza,
y huye de toda tristeza,
de toda melancolía.

No adelgaces el humor,
mas no olvides que el vivir
es una escuela de honor,

donde se aprende á sufrir,
para enseñarnos mejor
cómo se debe morir.



IV

Procura, cuando caminas,
 coger la flor de las cosas,
 que es sabio arrancar las rosas
 sin clavarse las espinas.

De estas artes peregrinas
 son maestras primorosas
 hormigas y mariposas,
 abejas y golondrinas.

Alivia con tus cantares
 el rigor de los pesares
 y hallarás consolaciones.

Que es dón humano y divino
 el de alegrar el camino
 con risas y con canciones.



V

Corrobora el corazón
 en la llama fuerte y bella
 de la fe, y hazla tu estrella
 de acción y contemplación.

Nunca, por otra afición,
 pierdan tus ojos su huella;
 brote, como una centella,
 de tu pecho la oración.

Aviva tu ardor inmenso
 con encendida constancia,
 no te entibie la costumbre.

La oración, como el incienso,
 no despide su fragancia
 si no es puesta sobre lumbre.



VI

—Con grande prudencia hablaste,
con dulce piedad viniste,
mas no hay consuelo que á un triste
tan triste cual yo, le baste.

Con toda tu ciencia, erraste
cuando el remedio me diste:
y es que mis lágrimas viste
pero mi mal ignoraste.

Soy mozo: ¿quién lo diría?
Que he perdido gentileza,
desenfado y galanía.

Me muero de languidez,
de enfermedad de tristeza
y humor de melancolía...



VII

Padezco un fiero dolor
que no se puede sufrir,
que no se sabe decir
de puro atormentador.

Es una pena, un furor
que no me deja vivir,
que no me deja morir...
¡mi enfermedad es Amor!

Quienes sufren penas tales
llevarán siempre sus males
á donde quiera que fueren.

Estas dolencias de amores
son las dolencias peores:
porque ni matan ni mueren.



VIII

—Dichosa es tu desventura
y es dichoso tu destino;
no llores más, peregrino,
que amor con amor se cura.

¿Qué importa la noche oscura
ni los riesgos del camino?
Tu mal es un mal divino
y una gloriosa locura.

¡Cesen el llanto y el duelo!
Si esa recia disciplina
te maltrata sin piedad,
bendecir debes al cielo
que te dió la medicina
con la propia enfermedad.



IX

—Alma que Amor ha besado
con sus ósculos de fuego,
ya no puede hallar sosiego
fuera de su turbio estado.

Por sus lumbres abrasado,
de mi destino reniego,
que, errante, lloroso y ciego,
camino descaminado.

Triste y miserable estoy;
de las rosas aprendí
lo que va de ayer á hoy.

Tened lástima de mí,
caminantes... Ya no soy
ni sombra de lo que fui.



X

—Nunca se quejan las rosas,
que el querellarse las flores
fué invención de trovadores
y de abejas codiciosas.

Quejas livianas y ociosas
son las quejas de amadores,
arrullos engañadores
y dolencias mentirosas.

Si fuego de amor te inflama
ya has encontrado el camino,
¿dónde le hallarás mejor?

Arrójate en esa llama
que es muy dulce, peregrino,
vivir y morir de amor.



ÍNDICE